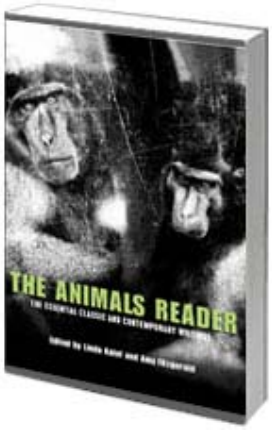
Recensión crítica



Linda Kalof y Amy Fitzgerald (Eds.)

The Animals Reader: The Essential Classic and Contemporary Writings

Oxford: Berg

Año: 2007

ISBN: 9781845204709

Páginas: 408

Más información:
http://www.bergpublishers.com/?tabid=1804

Beto Vianna, Obafemi Awolowo University, Ile-Ife (Nigeria)

Las propuestas explicativas de la sociobiología y, aún más recientemente, de la psicología evolucionista han suscitado la queja, entre los científicos humanos, de una "colonización de las ciencias sociales" (término de Rose, 2000) desde la biología. La queja es legítima, si no por otros motivos, por una lamentable tendencia a la simplificación de las intricadas redes conductuales humanas a través de "explicaciones evolutivas". Pero no podemos olvidar que hay un movimiento de igual tamaño e impacto desde las ciencias sociales que, a ejemplo de Bruno Latour, Tim Ingold y tantos otros, "colonizan" los estudios y objetos naturales (ver, por ejemplo, Latour, 1996 e Ingold, 2008). En *The Animals Reader*, dos sociólogas - Linda Kalof, de la Universidad del Estado de Michigan, y Amy Fitzgerald, de la Universidade de Windsor, Canada - son las responsables de hacer una incursión en un territorio tradicionalmente natural y, por tanto, perteneciente a las ciencias de la naturaleza: las descripciones que hacemos y las relaciones que mantenemos con los animales. *The Animals Reader* es una compilación bien cuidada, pienso que la primera de su tipo, que da forma a una preocupación multidisciplinar: los "estudios animales".

La distinción taxonómica que nos coloca en el mismo grupo de otros organismos metazoarios, o "Reino Animalia", no es coincidente con lo que llamamos, en nuestras culturas occidentales, "animales". Y eso apenas tiene que ver con la distinción humano-animal, sino con los cambiantes propósitos, históricamente hablando, que hacen que unos seres, y no otros, sean calificados así. Por ejemplo, en el prefacio de *The blind watchmaker* (1986), Richard Dawkins nos narra una graciosa (o terrible, según el punto de vista) cuestión jurídica en los EEUU, en la que se debía decidir si las langostas eran "insectos" o

“animales”, es decir, si se podía legalmente o no ¡cocinarlas vivas! De la misma manera, las desconcertantes imágenes que abren las secciones temáticas de *The Animals Reader*, un bellísimo trabajo de la fotógrafa alemana Britta Jaschinsky, no retratan algunos ejemplares zoológicos. No hay allí langostas o “bichos bola”, esponjas o medusas, o gusanos y parásitos minúsculos de todo tipo, representantes tan legítimos de los Animalia como cualquier otro. Hay solamente mamíferos, lo suficientemente grandes y familiares - un león, una orca, un rinoceronte - para perturbarnos intelectual y emocionalmente. Eso son animales.

Así, dada la cantidad, en el tiempo y el espacio, de descripciones que nosotros, animales humanos, hemos hecho del resto de animales, no sorprende la amplitud de disciplinas y enfoques presentes en la obra de Kalof y Fitzgerald, que demanda, por parte de las editoras-organizadoras, un considerable trabajo artesanal. Por eso *The Animals Reader e*s doblemente bienvenido: por un lado como colección de textos “clásicos y contemporáneos” (tal y como reza el subtítulo), por ofrecernos la oportunidad de conocer muchas de las posibles descripciones que hemos realizado, al menos en la tradición científica occidental; y, al mismo tiempo, por presentar las preferencias epistemológicas de las propias editoras, que se revelan en lo que incluyen y en lo que dejan fuera de la colección. Como yo también tengo mis preferencias (¿o tal vez prejuicios?) en este asunto particular, voy a intentar dar cuenta de algunos de los textos presentes en *The Animals Reader* en los términos de sus editoras, sin dejar de opinar sobre cómo veo las selecciones realizadas y las consecuencias de dichas selecciones.

Los treinta y cinco extractos de *The Animals Reader*, cada uno de ellos precedido de una introducción bastante ilustrativa, están agrupados en seis largas secciones temáticas (presentadas también por las editoras): animales como sujetos filosóficos y éticos; como pensadores reflexivos; como animales domésticos, mascotas y alimento; como espectáculo y deporte; animales como símbolos; y, finalmente, como objetos científicos. Los temas, como Kalof y Fitzgerald reconocen, presentan alguna superposición, especialmente, citando a las editoras, en las “escuelas posmodernas y poshumanistas” (“Introducción editorial”, p. xiv). Eso no es, de ninguna manera, perjudicial para la obra. De hecho, las editoras logran un feliz resultado que contempla, al mismo tiempo, un saludable orden temático en asuntos necesariamente entrelazados y la posibilidad de una lectura casi “hipertextual” de la obra, gracias a las características multireferenciales de la mayoría de los textos. Las discusiones éticas, o jurídicas, sobre los “derechos” (como dice Tom Regan, pp. 23-29) o la “liberación” (Peter Singer, pp. 14-22) de los animales están bien representadas en el libro, con algunos buenos artículos acerca de la utilización y explotación de los animales en varios dominios del quehacer humano.

En la “Introducción editorial”, Kalof y Fitzgerald nos dicen que la obra está “inspirada en la despampanante (*stunning*) explosión de la recientes investigaciones y teorías sobre la relación entre humanos y animales en contextos tanto contemporáneos como históricos” (p. xiv; la traducción es siempre mía). Eso es cierto dentro de la tradición de los novedosos estudios sociológicos de la ciencia a que Kalof y Fitzgerald pertenecen. Y, más aún, dentro de la perspectiva de cuestiones emblemáticas de nuestro tiempo, como las preocupaciones ecológicas (en las que los animales desempeñan un importante rol político y emocional en calidad de “objetos de preservación”) y con la toma de conciencia de pueblos subyugados y minorías políticas, económicas y sociales, que, hasta hace poco tiempo tenían un carácter de problemas sociales únicamente humanos. Es decir, la “explosión” de la que hablan las editoras tiene que ver con la reciente extensión de tales cuestiones a nuestras relaciones con agrupamientos no-humanos y con la tendencia (“posmoderna y poshumanista”, por cierto) de cuestionar la utilidad de hablar de categorías naturales. Por otro lado, algunas cuestiones antes consideradas únicamente pertinentes en relación con los animales (al menos en la literatura científica), son tenidas en cuenta para el quehacer humano, como el nexo entre las políticas sexuales y la alimentación (Carol Adams, pp. 171-181) y la construcción de la identidad de “humanidad” (Garry Marvin, pp. 197-208) o de “masculinidad” (Evans *et al.*, pp. 209-218) a través de la lucha entre animales vista como espectáculo. Pero, como los propios clásicos presentes en *The Animal Reader* nos enseñan, la evaluación y reevaluación de nuestras relaciones con los animales tiene una historia más bien antigua, tan antigua en Occidente como la propia noción de categorías naturales. *Pace* Aristóteles.

En un cuadro de tamaña diversidad conceptual, los puntos álgidos que veo en *The Animals Reader* son aquellos textos que de hecho nos invitan, como lectores contemporáneos, a la reflexión, tal y como proponen Kalof y Fitzgerald, a “repensar las fronteras entre humanos y animales y entre cultura y naturaleza” (p. xvi). Eso es, seguramente, el caso de todos los “clásicos”, o “antiguos y modernos”, en la deliciosa terminología del siglo XVII. Aristóteles, Plinio el Viejo, Plutarco, Montaigne y Descartes no nos presentan simplemente una historia del pensamiento sobre los animales, por el contrario nos enseñan cómo nuestra contemporaneidad conserva (o modifica, para bien y para mal) modos de describir y de relacionarnos con los animales. En ese sentido, Descartes es emblemático. Tratado como villano por la biología evolutiva, como si desde Darwin la ciencia hubiera enterrado un pernicioso discurso esencialista de manera definitiva, cuando leemos a Descartes nos damos cuenta de la precisión con la que nuestro discurso científico (incluso en las ciencias humanas) repite la argumentación cartesiana. Miren, por ejemplo, lo que

nosotros - lingüistas, psicólogos y antropólogos contemporáneos - decimos sobre el lenguaje y comparen con esta cita de Descartes, en *The Animals Reader* (p. 61):

> … a pesar de que todos los animales se comuniquen fácilmente con nosotros, a través del sonido o el movimiento corporal, (…) nunca ha sido observada ninguna bestia que haya alcanzado el estadio de utilizar la verdadera habla, es decir, de indicar a través de palabra o signo algo relativo al pensamiento puro y no al impulso natural (…) Sin embargo, todo hombre lo utiliza sin importar cuan estúpido o loco éste sea…

El único pecado que *The Animal Reader* comete con respecto a los clásicos, es que la mayoría de esos textos son presentados en forma de pequeños fragmentos. Por ejemplo, "The history of animals" (p. 5), de Aristóteles, es una pieza demasiado importante para nuestra cultura, y demasiado elaborada en sus propios términos, para merecer tan sólo tres paginas (de hecho, apenas una página completa del texto), y el resto de textos antiguos siguen ese mismo patrón de tan sólo dos, tres o cuatro páginas. Una pena. Pienso que gran parte de la conservación de una terminología inadecuada (o gastada) para las cuestiones que nos preocupan ahora, tiene que ver con la poca comprensión que tenemos del contexto de tales términos. Esto es, entender las razones de Descartes haría un mayor bien para una revolución darwiniana en nuestras epistemologías que, simplemente ignorarlo (o, lo que es peor, imaginar que somos más "avanzados" que los pensadores del siglo XVII, igual que hacemos, además, en relación a aquellos seres "cognitivamente inferiores" - los animales, ¿no es cierto?). En los textos contemporáneos, no puedo dejar de apuntar mis preferencias personales, pero pienso que mis razones son semejantes a las de Kalof y Fitzgerald. En particular, me refiero a los textos de Gilles Deleuze y Félix Guattari (pp. 37-50) y de Donna Haraway (pp. 362-374).

El artículo de Deleuze y Guattari es un extracto de "1730: Becoming-intense, Becoming-animal, Becoming-Impercetible", presente en la edición en inglés de *Mil mesetas*, *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia* (1987). Los autores hacen con la relación humano-animal (que es de hecho *relación*, y, no, una interacción entre entidades iniciales y finales) lo que los "modernos" hicieron con la filosofía escolástica: cambian los conceptos, ya que no es posible hablar de la misma manera si las preocupaciones son otras. Deleuze y Guattari recusan todo un vocabulario de semejanzas e identidades, de filiaciones arborescentes - estáticas o históricas - entre categorías (que, al final, presuponen ¡una categoría original!). Toman, por tanto, a Darwin en serio en relación a la agencia de las multiplicidades y a la agencia de las singularidades, circunstancias y *devenires* que componen tales multiplicidades, tomando esos términos como realidades en sí mismas y no haciendo referencia a la entidad que es singularizada, contextualizada o transformada. Así, un *devenir-animal*, es decir, el movimiento de un humano hacia el animal (y al revés) es un

proceso irreducible a una sobre-codificación del organismo en un “género” o un “modelo animal” y, por otro lado, a un proceso intelectual de subjetivación o significación.

La propuesta de Deleuze y Guatari tiene que ver con la noción de “sistema abierto”, según la cual un conjunto de conceptos - una *meseta*, como es el caso del texto sobre el devenir-animal - no precede a los demás, sino que, como un eslabón suelto, se conecta con los otros sin ningún orden preestablecido. Por lo demás, es una pena que *The Animal Reader* no presente distintas aproximaciones sistémicas de la descripción del organismo (humano y no-humano) y de su relación con el entorno. El libro y el lector tendrían mucho que ganar con la cibernética de Gregory Bateson (1972) - de quien Deleuze y Guattari toman el término “meseta” - y con la biología del conocimiento de Maturana y Varela (1972) que, desde una concepción del organismo como “sistema cerrado”, generan en sus explicaciones las múltiples relaciones que nosotros, observadores humanos, podemos apuntar en las conductas humanas y no-humanas. Igual que las propuestas de Deleuze y Guattari, son textos de treinta años o más que todavía no han sido totalmente absorbidos por la comunidad académica.

Donna Haraway ya había tratado brillantemente, en sus obras (por ejemplo, Haraway, 1991), acerca del *cyborg*, el encuentro de organismos y maquinas que nuestro mundo tecnocientífico ha producido y de cómo, a pesar de su origen autoritario, asume un rol potencialmente libertario, precisamente por borrar categorías y géneros. La “máquina” sirve, se acopla y co-constituye al organismo, algo así como el “fenotipo extendido” de Dawkins (1982) pero con una mirada política distinta. Categorías como “animal”, “mujer” o “musulmán” no tienen una correspondencia inequívoca con constituciones orgánicas previas, y esas sólo pueden ser consideradas de modo dependiente de nuestras incesantes y cambiantes redes de acción, que incluyen, por cierto, los artefactos no-orgánicos. Como los “anómalos” de Deleuze y Guattari (1987), los *cyborgs* son “monstruos prometedores”, que resisten a la distinción entre sujeto y objeto pues no son sólo una cosa u otra[1]. En *The Animals reader*, Haraway habla de un concepto semejante, otra realidad irreduciblemente híbrida, que es el *companion species* (algo así como “especie acompañante”)[2]. Tomando como ejemplo los perros, genéticamente casi indistinguibles de los lobos, Haraway nos enseña cómo esos animales se han constituido como tales en una historia de convivencia

[1] Un ejemplo, tal vez demasiado literal de *cyborg* harawayano me lo presentó hace pocos días mi amigo Iván Sánchez, del Seminario de Estudios sobre Mediación en Arte y Ciencia: ¡una cucaracha-robot! Por medio de la presión de sus patas en una esfera, la cucaracha mueve un enorme aparato (comparado con el tamaño de su cuerpo), cuyo sistema para evitar obstáculos presenta una total integración animal-máquina. Alguna información acerca del proyecto, así como un interesante video pueden ser vistos en http://biocartnotitec.blogspot.com/2007/03/robot-controlado-por-una-cucaracha.html.

[2] El texto de Haraway em *The Animals Reader* está reproducido de Haraway, 2004 (ver bibliografía), pero la autora ya había dedicado una obra al tema en su *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness* (2003).

con los agrupamientos humanos, constituyendo un claro proceso de co-domesticación y, como en el caso de los *cyborgs*, de co-constitución. La agencia y el producto en manera alguna pueden ser encontrados sólo en uno de los actores - perros o humanos - y, además de la génesis simbiótica orgánica, muy al estilo de Lyn Margulis (1988), también contribuyen las circunstancias y artefactos propios (o generados en la relación) de los actores.

Igual que en el caso de los *cyborgs*, Donna Haraway implica su concepto de *companion species* directamente en el carácter político de nuestras elecciones: la historia sí importa en la constitución de "naturculturas". El texto de Haraway cierra la última parte del libro, "Animales como objetos científicos". En esa parte, yo, personalmente, he echado en falta las contribuciones de los múltiples estudios en lenguaje no-humano, principalmente en lenguaje simio. Pienso que muchas otras cuestiones abordadas en el libro, por ejemplo, las cuestiones "éticas" de utilización de los animales y las cuestiones "epistemológicas" de atribución de características humanas a otros seres pasan por los canales de la legitimación científica, y la atribución tradicional de "lenguaje" (como algo que se posee o no, y no como una circunstancia relacional) es particularmente instrumental para que tratemos a individuos o grupos de la forma en que lo hacemos.

Como no todo en *The Animal Reader* son flores, el texto de Haraway y su apropiación crítica de las narrativas científicas (la arqueología de los encuentros perro-humano, la genética de las variedades de perros) es contrastado con un texto de Steven Mithen (pp. 117-128) sobre la prehistoria de las interacciones humano-animal. Tal y como Mithen ha hecho en otras obras suyas (por ejemplo, Mithen, 1996), su interés recae en la constitución progresiva de una "mente humana", desde los australopitecinos hasta el *Homo sapiens*. Así, a pesar de que Mithen hace referencia, en todo su texto a una "interacción", lo que hace es utilizar los animales como "personajes planos", estáticos y pasivos, totalmente dependientes de una evolución de los "módulos mentales" del humano para la calidad de la interacción. Al contrario del perro de Haraway, el animal de Mithen no tiene agencia: es predador, presa, símbolo o animal doméstico según una escala evolutiva humana. Más aún, el propio linaje humano cae en ese cuadro conceptual, pues los australopitecinos, siendo más animales que humanos (pero nunca "anómalos": el concepto aquí es arborescente, dirían Deleuze y Guattari) no se relacionan con otros animales, a no ser que vengan dadas por las urgencias biológicas propias de una "naturaleza animal". Pienso que hay autores mucho más interesantes para hablar de nuestra historia de relaciones con "el Otro", como Chris Sringer (Stringer y McKie, 1996), principal defensor del origen africano del humano. Además, Stringer asume que su narrativa es acerca de nosotros. Este no es el caso de Mithen.

El libro de Linda Kalof y Amy Fitzgerald merece la atención de los lectores pertenecientes a varios campos del saber. Tanto si el lector está de acuerdo con alguno de los fallos que yo he apuntado (u otros que yo no he percibido), la importancia de la obra no es menor. Con su presentación de obras clásicas y contemporáneas, *The Animals Reader* me recuerda a un divertido texto de Jonathan Swift publicado en 1704, "The Battle of the Books". En la biblioteca de St. James, en Westminster, empieza una guerra entre los antiguos (Aristóteles y sus amigos) y los modernos (Descartes y sus amigos). Además de la batalla, una araña, representando el conocimiento moderno, discute con una abeja, representante de los antiguos. ¿Cómo puedes - dice la araña a la abeja - no fabricar nada con tus propias fuerzas, y apenas recolectar lo que ya está listo en la naturaleza? Contesta la abeja que aquello que recolecta en las flores se transforma en algo útil para todos, por el contrario el producto "interno" de la araña - la telaraña, claro - es algo destructivo. Como los modernos y antiguos de la sátira de Swift, el libro de Kalof y Fitzgerald, produce una dulce colección de textos que pueden - o no - ayudarnos a cambiar, para mejor, la calidad de nuestras relaciones con otros seres, incluso otros humanos. La única diferencia es que, en *The Animals Reader*, la araña y la abeja no representan a nadie más, solamente a ellas mismas.

Referencias bibliográficas

Bateson, Gregory (1972) *Steps to an ecology of mind*. New York: Ballantines Books.

Dawkins, Richard (1980). The extended phenotype. Oxford: Oxford University Press.

Dawkins, Richard (1986). *The Blind Watchmaker*. New York: W. W. Norton & Company.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1987). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: Minnesota University Press.

Haraway, Donna (1991). *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. New York: Routledge.

Haraway, Donna (2003). *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*. Chicago: Prickly Paradigm Press.

Haraway, Donna (2004). *The Haraway Reader*. New York: Routledge.

Ingold, Tim (2008). Tres en uno: Cómo disolver las distinciones entre cuerpo, mente y cultura. En *Tecnogénesis: La construcción técnica de las ecologías humanas - Volumen 2*. Tomás Sánchez-Criado, Ed. Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red.

Latour, Bruno (1996). On interobjectivity. *Mind, culture and activity*, 3(4): 228-245.

Margulis, Lynn (1998), *Symbiotic Planet: A New Look at Evolution*. New York: Basic Books.

Maturana, Humberto y Varela, Francisco (1972). *De máquinas y seres vivos: una teoría de la organización biológica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Mithen, Steven (1996). *The Prehistory of the Mind: The Cognitive Origins of Art, Religion and Science*. London: Thames and Hudson.

Noticias de Tecnología. En http://biocartnotitec.blogspot.com/2007/03/robot-controlado-por-una-cucaracha.html. Accedido el 15 de Octubre de 2008.

Rose, Hillary (2000). Colonizing the social sciences? En *Alas, poor Darwin: arguments against evolutionary psychology*. Hillary Rose y Steven Rose, Eds. New York: Harmony Books.

Stringer, Chris y McKie, Robin (1996). *African exodus: The origins of modern humanity*. London: Pimlico.

Swift, Jonathan (1704). The Battle of the Books. En http://andromeda.rutgers.edu/~jlynch/Texts/battle.html. Accedido el 16 de Octubre de 2008.